

## Un cielo para dos almas.

Los señores de Ferreira, contra los proyectos que habian anunciado á sus amigos para el invierno que iba á comenzar, emprendieron un viaje á Paris al dia siguiente de haberse celebrado el baile á que nosotros asistimos.

Esta precipitada marcha realizóse, segun se dijo, de orden del médico de Ferreira, quien creia muy peligroso para la salud de éste dilatar por más tiempo su permanencia en Madrid.

Mientras aquellos viajeros se dirigian á la capital de Francia, Modesto Antunez, con el pecho destrozado por la bala de su enemigo, sufría una de esas crueles y delicadas operaciones, durante las cuales, y aun muchos dias despues, la vida del paciente se halló en inminente riesgo.

Pero yo no estoy de humor de regalar á mis lecto-

res un cuadro sangriento y triste, refiriéndoles cómo se hizo aquella operacion y cuáles fueron los dolores físicos y morales del desgraciado Antunez.

Baste decir que la ciencia triunfó.

La ciencia y los cuidados de Margarita, de Navarro, de la tia Morella, del Sabueso y de todos los traperos de Madrid; porque la verdad es que en esta ocasion halló Antunez recompensados con usura los desvelos con que en mejores dias habia atendido á la salud de sus pobres clientes.

Tres meses despues de los acontecimientos que he narrado, Antunez estaba, si no completamente bueno, en una avanzada convalecencia, que segun la opinion de los doctores debia terminar en Andalucía, en uno de esos pueblos donde la primavera no es una palabra escrita en el almanaque para conocimiento de los que en él siguen el curso de las estaciones, sino donde las flores, las aves, el cielo, las nubes y las brisas anuncian con perfumes, cantos, luz, colores y murmullos armoniosos, que la naturaleza ha arrojado su tenebroso manto de invierno para adornarse con las espléndidas galas del dia de su creacion.

Margarita, la blanca niña de dorados cabellos, de azules ojos, de boca fresca como la rosa, habia sido á la cabecera de Antunez su ángel tutelar.

Las eternas noches de Diciembre y Enero las habia visto pasar una por una velando con cariñoso cuidado junto al lecho del doctor, y cuando éste llegó al periodo de la convalecencia, ella fué la amiga afectuosa que hizo breves las horas de hastio con su tierna solicitud.



Nos hallamos en la mañana del domingo 45 de Febrero de 1846.

*La Flor del Olvido*, como casi todos los establecimientos públicos, tenía sus puertas entornadas.

Dentro reinaba una gran alegría.

El doctor Antunez había recibido el día anterior el permiso de sus compañeros de ciencia para salir á dar su primer paseo.

Esta novedad había causado mucho júbilo en Margarita y la tía Morella.

El único que parecía ménos satisfecho era quien más debía estarlo, el doctor.

Las doce del día sonaban en los relojes de Madrid, cuando la tía Morella, que desde la trastienda vigilaba la camisería, hacia partícipe de su contento á uno de nuestros antiguos conocidos.

—A Dios gracias, Figurín, decía, ya no preparo tisanas ni emplastos, sino pechugas de pollo y caldos de buena sustancia.

—¿Y dice Vd. que esta tarde no faltará?

—¡Qué ha de faltar! Al contrario, está muy contento de tu boda con María, y muy agradecido de que no la hayais celebrado hasta que él pueda asistir.

—A las dos de la tarde he citado á los camaradas, contando con que hoy era su primera salida.

—Y no temas que deje de ir. Por supuesto, no le van Vds. á conocer; él era jóven y guapo, pero ahora parece mejor que antes, y hasta tiene mejor color.

—Gracias á Vd., veterana, que por esta curación debían darle la cruz de Beneficencia.

—Estás enterado, camueso; si nuestro buen doctor no hubiera tenido otra enfermera que yo, ya estaría acompañando á mis tres maridos.

—Eso lo dice Vd.!

—Porque es la verdad. Oye lo que yo he hecho: una noche le dió un vómito de sangre, que por poco no se ahoga; yo estaba junto á su cama, y tal sueño había cogido que ni siquiera me moví.

—Entonces...

—¡Ah! es que Margarita velaba, como siempre, y ella le dió las bebidas que le habían recetado. ¡Toma! si no es por nuestra hija, aquella noche la entrega.

—Si; ya sé cómo se ha portado Margarita.

—¡Qué has de saber!... Eso yo, que he estado á su lado: te digo que esa niña vale un tesoro, y que ella es quien ha salvado á su bienhechor, á su hermano, como algunas veces le dice, al que ella ama, como acá para mis adentros digo yo.

—¡Cómo!... ¿Margarita ama á?...

—¡Chist! que puede oírte: estoy segura de ello, y cuidado que yo soy práctica en esas cuestiones. ¡Tres maridos tengo debajo de tierra!...

—Sí... pero no será posible; aunque Margarita se haya enamorado, el doctor Antunez se avergonzaria de casarse con la ahijada de unos traperos.

—¿También tú?... Esa canción me trae hace ya días el zoque de Bernardo. Ya se arreglará todo.

—Tía Morella, ahora que nombra Vd. al Sabueso, ¿sabe Vd. qué ese mozo ha cambiado de vida desde que Vd. se vino aquí con nuestra ahijada?



—¿Y tú por qué dices eso?

—¡Aguarda! ¿pues no lo ve todo el mundo? Él cuando vivían Vds. juntos no salía más que de noche, y ahora apenas hay día que no ande por ahí y con amigos de fuste. Hace un rato lo encontré en la esquina de esta calle hablando con un caballero muy bien vestido...

—Buen mozo; qué tiene patillas largas... interrumpió la tía Morella.

—Sí, señora.

—Pues has de saber que ese caballero se llama el Sr. Carvajal, y cuando tú le has encontrado con el Sabueso salían de aquí, porque el Sr. Carvajal fué el padrino del que hirió á D. Modesto, y ha venido todos los días á preguntar por su salud.

—¡Ya!...

—Lo que yo no sé todavía es qué enredos trae Bernardo con ese señor.

—¿Enredos?...

—¿Te parece á tí que Bernardo deja su costumbre de no salir más que de noche sin tener algun motivo? ¡Bonito es el nene! Más testarudo no le hay.

—¿Y qué enredos son esos?

—¡Qué se yo! Bernardo entró un día desatentado, abrió ese armario que ves ahí, sacó aquellos papeles que Margarita guardaba de su madre, salió como alma que lleva el diablo, y el Sr. Carvajal le esperaba en la puerta. Desde aquel día, yo sé que ellos se ven con frecuencia, y los papeles no han vuelto á casa.

—¿Y Vd. no ha averiguado?...

—Ni palabra: ese zorro de Bernardo parece mudo como un poste cuando no quiere hablar, y si alguna vez le pregunto, siempre me sale con una de las suyas y me deja con un palmo de narices.

—Por fin, si trabaja en bien de Margarita...

—¿Quién duda de eso?... Pero chito, que ya bajan los dos: ahí los tienes, siempre así. Desde las once, hora en que él se levantó, está ella arriba lee que te lee, para distraerlo. Cuidado, que no te se escape alguna imprudencia...

—¡Quiere Vd. callar!...

La tía Morella, á quien la alegría hacia hablar por los codos, guardó silencio esperando la presentacion de Margarita y Antunez.

El médico apareció en la puerta de la trastienda y Margarita detrás de él.

—Buenos días, amigo Figurín, dijo Antunez entrando y tomando asiento: ¿qué te trae por estos barrios?

—El gusto de ver á Vd., señor doctor, y á Margarita y á la tía Morella: ya sabíamos desde ayer que usted podia salir de casa, y hemos dispuesto celebrar hoy mi boda, porque queremos que Vd. asista...

—Gracias, gracias, amigo mio; descuida, que no faltaré; tengo mucho gusto en acompañar á Vds.

—Pues nada más que eso, señor doctor, y servir á Vd. en lo que me mande.

—Hombre, sí, me harás un favor: ¿á qué hora dá principio vuestra fiesta?

—A las dos hemos citado.



—Y aún no es la una, repuso Antunez consultando su reloj. Mejor; hay tiempo para todo.

—¿Y qué quería Vd. que yo hiciera?

—Que cuando te vayas, me envíes el primer coche de plaza que encuentres desalquilado.

—¿Vá Vd. á salir en seguida? preguntó la tia Morella.

—Sí, mi buena veterana; antes de ir al bodegon de Figurin y María, quiero pasar por mi casa, y como no tengo aún muchas fuerzas, haré la primera salida en coche.

—Muy bien pensado, dijo la tia Morella, y colocándose á espaldas de Antunez de modo que no la viera Margarita, hizo señas á Figurin para que no mandase el carruaje.

Figurin comprendió á la tia Morella, y repuso:

—Pues voy á servir á Vd., D. Modesto; el coche no tardará en venir cinco minutos.

Figurin salió, y la veterana fué á despedirlo hasta la tienda, diciéndole:

—Anda con Dios, buena pieza; dile á María que luego iremos por allá; y bajando la voz continuó: no envíes ese coche hasta que pase una hora lo ménos.

—¿Por qué, tia Morella? preguntó Figurin en el mismo tono.

—Yo me entiendo; anda, que no sospechen.

—Hasta despues, tia Morella, dijo Figurin desde la calle, y desapareció.

La veterana volvió á la trastienda dirigiendo á Antunez esta pregunta:

—¿Conque piensa Vd. marcharse á su casa?

—Sí, tia Morella, respondió el doctor; no es justo que abuse por más tiempo de la generosa hospitalidad que he merecido á Vds.

—Bien dicho, afirmó la veterana afectando la mayor ingenuidad; una cosa es cuando se está enfermo y otro cuando se está bueno y sano: si Vd. continuara aquí, sabe Dios lo que la gente murmuraría.

—Por eso mismo... asintió el doctor con tristeza.

Margarita, sentada cerca de Antunez, habia inclinado la cabeza sobre el pecho, y de este modo pudo ocultar dos lágrimas que la arrancaron las últimas palabras de la veterana.

Ésta prosiguió:

—Pues con permiso de Vd., D. Modesto; que yo me estoy aquí charla que charla y mis guisotes se estarán achicharrando.

La tia Morella se marchó á la cocina.

Margarita y el doctor quedaron solos y silenciosos.

La huérfana sintió que pesaba sobre ella la mirada de Antunez tenazmente fija, y no quiso que aquel silencio se prolongara.

Habia en Margarita una especie de secreto temor, de timidez instintiva, un presentimiento quizás, que por primera vez, desde que Antunez se hospedó en su casa, le hacia advertir la soledad en que con frecuencia se habían visto.

Y era sin duda alguna que se acercaba el instante de una separacion que dejaba en su alma profunda huella, y este instante tenia sus peligros, peligros que



en el corazón de Margarita habían engendrado de repente una lucha cruel.

—Ahora le toca á Vd., doctor, dijo procurando que el silencio no se hiciera embarazoso; Vd. lee mientras llega el carruaje, y yo terminaré entretanto estas flores que debo entregar mañana.

Dió á Antunez un libro y tomó de una mesita de labor un precioso adorno cuyas flores se puso á entretejer.

Antunez recibió el libro, pero no leyó: su mirada no se apartaba de Margarita.

Ella, sin levantar los ojos de sus flores, veía ó adivinaba la contemplación de que era objeto, y á sus mejillas tan pronto asomaba la palidez de la cera como el encendido color de la amapola.

Aquel silencio, no de dos personas, sino de dos almas que se buscaban como dos estrellas en las inmensidades de la noche, no podía durar... Era imposible que durase.

El médico, acaso ménos dueño de sí mismo, quiso romper el enigma de aquella situación.

—Mi querida enfermera, dijo por fin Antunez en tono cariñoso; deje Vd. esa labor y hablemos.

La huérfana se estremeció; pero dócil á las indicaciones del médico, soltó las flores y preguntó al mismo tiempo que una dulce y trémula sonrisa aparecía en sus lábios:

—¿Qué tiene Vd. que decirme, amigo mio?

—¡Ah! Muchas cosas... muchas. El momento en que nos hallamos es uno de los más solemnes de mi vida... Es la hora en que debo decirlo todo... ¿Por

qué no, Dios mio? La esperaba para satisfacer una necesidad imperiosa de mi corazón, sentida en las horas de mi terrible infortunio. Cuando Vd., Margarita, era el ángel bienhechor que estendía sobre mí sus alas y me arrancaba de los brazos de la muerte, ¿cómo no anhelar el instante de decirle cuánto la debo desde la noche en que tuve,—no le asombre á Vd. lo que voy á decir,—en que tuve la dicha de caer herido?

—Usted no me debe nada, doctor, balbuceó Margarita turbada por las palabras de Antunez: ¿acaso no fué Vd. quien socorrió, al ver atropellada por un carruaje, á una infeliz muchacha que era de Vd. desconocida?

—¡Desconocida! exclamó el médico poniéndose la mano sobre el corazón para contener la violencia de sus latidos... No, no: yo la había visto á Vd. mil veces á la cabecera de mis pobres enfermos; antes de verla la había adivinado; mi alma, que sólo vivía para la ciencia, despertaba cuando la imagen de Vd. aparecía en mi imaginación como un puro rayo de la aurora... Acaso le parezca lo que digo el principio de un delirio; el extravío insensato de un pobre convaleciente... Pero, Margarita, quien la ha visto á Vd. una vez, tiene que verla siempre, en todas partes... ya en el fondo del alma, ya en el vívido resplandor de la naturaleza... ¿No sabe Vd. que el ciego, aun en el abismo de las tinieblas en que está sepultado, ve muchas veces la hermosa luz del sol?

La exaltación de aquel acento, el fuego de la palabra había de turbar á la candorosa joven.



—Os advierto, exclamó, acaso sin tener conciencia de lo que decía, que pudiérais ponerlos malos. No hablemos de esas cosas.

—Al contrario; hablemos, hablemos de esos recuerdos queridos que yo conservaba grabados en mi pecho y que han renacido vivamente aquí, en mis mortales horas de agonía, disipando la fúnebre oscuridad que me rodeaba.

Y el doctor, con el espíritu exaltado y la mirada radiante prosiguió:

—El amor es la vida, y yo he vivido para amar; hé aquí la confesion que deseaba hacer antes de que nos separásemos; Margarita, yo te amo con todo mi corazón; ¿puede este amor puro vivir con alguna esperanza? ¿Quieres ser mi esposa, Margarita?

Y al mismo tiempo, que Antunez descubria todo lo que pasaba en su interior, daba á su lenguaje el timbre elocuente de la verdad y de esa fé que brota del amor mismo, ante el cual no puede haber duda de ninguna clase.

La jóven se puso encendida como el carmin; tembló como tiemblan las hojas en los árboles al impulso del viento, y un instante despues contestó:

—¿Yo la esposa de Vd.?... ¡Doctor, es imposible!

—¡Imposible!... ¿Por qué?

—Porque yo no tengo familia; porque me falta un nombre.

Y Margarita sintió que los sollozos la ahogaban; sintió que una santa alegría inundaba su corazón; sintió que su pecho se abria á todas las emanaciones de

la más pura de las esperanzas, y sintió, en fin, el dolor de su soledad, de su abandono y de su destino.

—¿Y es eso acaso culpa tuya? exclamó Antunez con energía.

—No; pero mi martirio seria horrible pensando que podria llegar un dia en que se avergonzara Vd. de mí.

—¡Oh, qué idea, Margarita!... Eso es no conocerme. Mi amor es puro, santo y eterno; ha nacido al calor de un dulce sentimiento de gratitud y ha crecido a la sombra de las santas virtudes que te enaltecen. ¿Me confundes tú con esos galanteadores de oficio que en nada tienen la paz y el porvenir de una mujer?

—No he querido decir tal cosa, se apresuró á exponer Margarita.

—Pues prescinde de todo temor: yo sé que no tienes el nombre de tu padre; pero sé tambien que llevas dignamente el de tu desgraciada madre, la señora de Vergara, que fué victima del más cruel abandono...

—Antunez, por favor, interrumpió Margarita, no condene Vd. al hombre á quien mi madre no acusó jamás, y cuya memoria bendijo al morir.

—La respetaré, repuso el doctor; y puesto que dices que te falta un nombre, acepta el mio, que yo me consideraré muy honrado con llamarme tu esposo.

Margarita lloraba silenciosamente.

Antunez tomó una de sus manos, y con apasionado acento insistió en preguntar:

—¿Me amas, Margarita, ó debo perder toda esperanza de que seas mi dulce compañera?

A esta pregunta, en donde se reasumia todo el



amor, toda la felicidad, todo el porvenir de aquel hombre apasionado, ¿qué era posible responder?

El relámpago no se explica muchas veces: la voluntad no es dueña de poner un dique á ciertas palabras. ¿Quién puede robar todos sus perfumes á las flores?

Subyugada Margarita por aquel idioma del corazón, tenía que responder de la misma manera.

Inclinó la cabeza y clavó una mirada suprema en el noble semblante de Antunez.

Éste volvió á repetir:

—¿Me amas, Margarita, ó debo acabar con mi más dulce y cariñosa esperanza?

—¡No, Dios mío! Mi corazón es tuyo, contestó la joven trémula y balbuciente. ¿Cómo ocultarte lo que hace tanto tiempo vive en el fondo de mi pecho? Puesto que es necesario decirlo... ¡Te amo!

Nunca hasta entonces había salido una confesión semejante de los labios de Margarita.

Sus palabras envolvían el primer perfume de amor que lanzaba la *Flor del Olvido*.

—¡Gracias, gracias, ángel mío! exclamó Antunez arrebatado de alegría. ¡Yo juro hacerte dichosa!

—Por los siglos de los siglos, interrumpió la tia Morella presentándose de nuevo.

—¡Cómo! interrogó el doctor, ¿nos escuchaba Vd., veterana, ó había Vd. adivinado?...

—La cosa era difícil de adivinar.

—Pues bien, sí, Margarita va á ser mi esposa.

—De lo que me alegro mucho, repuso la tia Morella.

El doctor quedó un instante reflexionando, y al cabo preguntó:

—Y apropósito, ¿no me ha dicho Vd., veterana, que el padre de Margarita era extranjero?

—Así lo he oído siempre.

—¿Recuerda Vd. de qué país?

—No, no lo sé; pero el Sabueso debe haberlo averiguado.

—¿Y no se han hecho diligencias para encontrarle?

—Bernardo se ha metido en eso muchas veces.

¡Buen tonto está él! Mire Vd. qué falta le hará un padre á Margarita, que tiene ciento cincuenta y cinco, y todos á cual mejores.

—Yo me encargaré de este asunto, dijo el doctor mirando á la huérfana con ternura; y á pesar de todo...

—Si, interrumpió la tia Morella, á pesar de todo nuestra hija se llamará Margarita Vergara de Antunez... ¿no es así?

—Sí, puesto que ella me ha concedido su mano.

—En cuanto á eso, será preciso pedirla á los que hoy son sus padres.

—Es muy justo, y en esa forma lo haremos.

—Vea Vd., aquí viene uno de ellos, que acaso en esta cuestion sea el más interesado.

Margarita y Antunez miraron hácia la tienda.

El Sabueso acababa de entrar en la camisería.